

Por MAURIZIO MEDO

—Lo usual, en nuestra escena poética, es la del creador que se inicia con un libro publicado en el propio terruño para, luego, tentar la difusión de su obra en el extranjero. Tu caso es lo inverso, ¿cómo ocurrió?

—Yo traté de publicar un primer libro en Lima. Aún tengo los manuscritos que escribí entre 1978-1980, pero el proceso se frustró por varias razones que no quiero recordar. Posteriormente cuando ya me encontraba en California estudiando, un día vino un escritor cubano (Suárez Radillo) que vivía en Madrid, a dar una conferencia en mi universidad, y le entregué un manuscrito con nuevos poemas para que los leyera. Al día siguiente quedé con un grupo de amigos para almorzar con él. Ahí fue cuando me dijo que se lo iba a dar a Pío Serrano de la Editorial Playor de Madrid. Como sabes, estas promesas son difíciles de creer. Pero en este caso fue distinto. Después de un mes recibí una carta de Pío, a quien hasta ahora no he conocido en persona, diciéndome que iba a publicar mi libro y así fue. Salió en 1984 pero nunca pude presentarlo en Madrid ni en Lima.

— ¿No “pudiste” o no “quisiste”?

—En esa época no me parecía que fuese necesario presentar un libro, pero quedé muy feliz con la edición. Hubo algunas notas positivas que salieron en España.

—Bien, pasado el tiempo, ¿cómo evalúas esta experiencia? ¿Fue una ventaja o no publicar primero en el extranjero y luego en el Perú?

—No es ni una ventaja ni una desventaja. A veces las cosas suceden así y hay que dejarlas que fluyan con el tiempo. El hecho de publicar en el extranjero te da una nueva visión de tu obra, de tu trabajo poético, te hace sentir que no perteneces a un grupo o a un territorio específico: las fronteras se te rinden y sólo crees en el espacio del planeta, el cual es muy ancho. Después de los años me doy cuenta que es sumamente importante publicar en el extranjero como también en tu país de origen. Yo he publicado mis libros en España, México, Chile, y Estados Unidos. Siempre vuelvo al Perú, que es mi tierra y mi memoria, pero no estoy allá permanentemente. Eso sí puede ser una desventaja para que tus libros se promuevan. Los poetas que viven en el Perú pueden tener más facilidades para hacer recitales, publicarse en revistas y conectarse con los amigos de los diarios, que son poquísimos, y promocionar su obra poética.

— ¿Es eso importante en la vida de un poeta? ¿Lo percibes así, Miguel Angel?

—No lo creo. Creo que un poeta que es leído en otros países con esmero o cariño a la larga se le conoce más que al poeta de la provincia que siempre está en su terruño y en su sombra. Además, si crees de verdad en lo que haces no te debe importar si sales en el periódico local o no, sino que tus libros los lean lectores que no sean necesariamente “especialistas” en poesía, y sobre todo que los lean los buenos poetas, no solamente del Perú sino del mundo, y en otros idiomas.

—Eres, hablando desde conceptos bizantinos un poeta de los ochenta, pese a ello, cuando se te lee, cada texto de tu obra aparece como un fotograma. La prolijidad del lenguaje, el

uso de símbolos tradicionales, la predominancia del paisaje sobre lo anecdótico, rompen con la postura asumida casi como un estigma entre los de tu generación. ¿Esto, de algún modo, no te convierte en un poeta insular?

—Tal vez. No creo que eso me haga feliz o me ponga desconsoladamente triste. Lo anecdótico hay que dejarlo para los cuentos. En la poesía siempre hay que guardar ese misterio que puede venir de lo místico o de una observación detallada de unos labios o de unas largas piernas de mujer. Leo poesía todos los días, me deleito con libros de arte, escucho música de Bach, Elgar, Corelli, Saint Saens, entre otros. La sinfonía concertante para violín y viola de Mozart me ha dado más que cien novelas. El perro de Goya tratando de salir del pozo me ha enseñado del dolor de la vida, los animales y la muerte. Las ventanas de Hooper me han dado tanta luz como el sol de Manhattan que se escabulle entre los edificios. Paul Klee me ha cantado su música de colores desde siempre. Hay que conocer el mundo: bailar de noche, ir a museos, caminar por las calles de las grandes ciudades, ser como Darío en pleno siglo 21.

—El gusto por lo clásico no es un aspecto que pueda valorarse como genuino entre los poetas de tu generación.

—Es cierto. La verdad no hay nada que me una al nivel de estilo con los poetas de mi generación, que me imagino son los poetas que comenzaron a publicar sus poemas en los 80. En el Perú, me siento más cerca al rigor de la poesía de Carlos Germán Belli y Jorge Eduardo Eielson, y afuera de la patria, con la de Charles Simic, Theodore Roethke, Louise Gluck, y Billy Collins. También todo Francis Ponge, Max Jacob, Reverdy y Michaux. Todo Kafka y todo Fray Luis de León y San Juan de la Cruz. Por eso tal vez la pintura aparece también en mi poesía lo mismo que la música del alma, y los animales de la naturaleza. Nunca me he sentido cercano al lenguaje conversacional o suelto, o al uso de jerga en los poemas. Prefiero un lenguaje que combine la tradición (cualquiera que fuere) con la literatura y el arte contemporáneo. Cada movimiento en la ciudad o la naturaleza es motivo para escribir un poema. Los aspectos cotidianos y el paisaje son almacenes inmensos para recrear la poesía. Aprendí mucho de la poesía de Francis Ponge y de Rilke, sobre todo en lo referente a la observación detallada, y el aire espiritual. De Emerson, la combinación de la metafísica del conocimiento con la naturaleza.

—La extraterritorialidad de nuestra última literatura, si pensamos en la cantidad de poetas peruanos que emigraron (Mazzotti, Helguero, Álvarez, Chirinos, sólo por citar algunos casos), echan por la borda, pienso yo, la frase de Sánchez: “Para ser en el Perú hay que estar en el Perú”, ¿Qué piensas al respecto?

—Yo siempre estoy en el Perú, lo llevo en la mente. A veces, cuando camino por las calles de Nueva York me doy cuenta que mi mente está en Lima, en Piura, o el Cuzco andando por el cielo profundo de los andes. Y lo curioso y extraño es que cuando estoy en Lima o Buenos Aires pienso en el mar que está cerca de mi casa, ese Atlántico despejado y hermoso. Para ser en el Perú hay que escribir bien, y no siempre estar. El Perú es un país que todavía cree en las castas, los apellidos, y la aristocracia de algunas clases sociales. Los que piensan así viven en la catacumba. En la poesía no hay castas ni sangre azul ni apellidos. Ahí tienes a César Vallejo, de Santiago de Chuco, el mejor poeta del Perú vivo, y se murió en París con un aguacero que no venía desde Lima. El no estaba en el Perú, y aunque quiso volver no lo dejaron. Otros eran lo que disfrutaron de la fama pasajera cuando él estaba vivo. No comparto la idea de Luis Alberto Sánchez. No sé si tal vez él más bien se refería no sólo a la literatura sino también al ser político, senador o diputado.

—Tus vínculos amistosos y, por ende, literarios con poetas como Gonzalo Rojas, Oscar Hahn, José Emilio Pacheco, o Víctor Manuel Mendiola, me parece te situaran en la margen de la margen con respecto a nuestra tradición. Dime, Miguel Angel, aparte de los poetas

paradigmáticos, como un Vallejo, por ejemplo, ¿con qué poetas peruanos encuentras un grado de identificación?

—Voy con mucha frecuencia a Ciudad de México. Ahí me siento como en mi casa. Tengo buenos amigos, además de buenos poetas, como Víctor Manuel Mendiola, José Emilio Pacheco, Verónica Volkow, Marco Antonio Campos, Francisco Hernández, Tony Deltoro, Francisco Cervantes (que fue mi primer guía en el DF, recientemente fallecido), y las novísimas Mónica Nepote, Rocío Cerón y Enzia Verduchi. Cuando voy a Santiago veo a Zurita, nos tomamos siempre unos vinos y nos reímos mucho, lo mismo con Tomás Harris, Teresa y Lila Calderón, y Andrés Morales, la pasamos bien. Con Oscar que vive en Iowa, hablamos con mucha frecuencia por teléfono. Como ya había mencionado, me encuentro en mi salsa leyendo la poesía de Carlos Germán Belli. Y como puedes comprobar mi poesía no está tanto por ese rumbo estilístico, pero si he aprendido de su rigor y su conocimiento en el arte de escribir. Vallejo sigue siendo una de mis lecturas predilectas, sobre todo *Trilce*, y sus poemas de París. Carlos Oquendo de Amat es un adelantado, lo mismo que César Moro y Emilio Adolfo Westphalen.

—Tu obra poética ha sido comentada fuera del país. He visto notas de Alvaro Mutis, Stephen Hart, Carlos Germán Belli, Oscar Hahn, Raúl Zurita, Miguel Gomes, tal vez uno de los mejores ensayistas de la nueva literatura latinoamericana, Víctor Manuel Mendiola de México, de Billy Collins, Charles Simic y de José Emilio Pacheco. ¿Cómo experimentas este acercamiento con voces representativas en el ámbito hispanoamericano, mucho más próximo que con la crítica del Perú?

—Muy feliz. Creo que escribir poesía es optar por el carné que te convierte en ciudadano del mundo. Además hablamos de voces representativas, como bien dices, ¿de dónde? de las letras castellanas. Finalmente el lenguaje es nuestro territorio. Ahora, en relación con la crítica literaria que se practica en el Perú, no sé si deba sentirme entristecido por que las notas críticas vienen mayormente de gente que no es del Perú (con ciertas maravillosas excepciones sobre todo de poetas peruanos más jóvenes) Me siento más contento, porque algunos poetas peruanos piensan y se sienten sumamente felices y hasta consagrados porque aparecen en diarios locales limeños con frecuencia, o trabajan para el gobierno, o salen en la televisión, o como pasó con muchos intelectuales que trabajaron apoyando la dictadura de Velasco y Fujimori, y ahora se hacen los suecos. Me hace mucha gracia porque fuera de la frontera peruana no los conoce Nadie.

—Hablemos un poco de *Moradas de la voz*, ¿qué diferencias encuentras entre el escribir poesía y el estudiar la de otros? ¿Qué distingue la creación poética de la ensayística?

—Siento más placer cuando escribo poesía. Es un placer sensual y erótico. Escribir poesía requiere de un estado elevado de espiritualidad, para mí es un rito de velámenes y regocijo. La crítica requiere otro acercamiento. Cuando escribo crítica sobre poesía aprendo muchísimo. Sólo escribo sobre aquellos que me imantan. A los otros, es mejor ignorarlos. Cuando escribí un ensayo sobre la poesía de Baudelaire, pude sentir muy adentro sus sensaciones de París, estuve ahí en el fuego y el hervor de París, caminé por sus calles y vi el infierno y su luz. Hasta viajé perdido por el hemisferio de una cabellera de mujer, y no quiero volver. Primero: te distancias del poema, y después te vas acercando lentamente, penetrándolo hasta hacerlo hablar. Creo en el tipo de crítica inteligente como la de Gastón Bachelard o Italo Calvino. Los estructuralistas me dan pena o me hacen reír: ni ellos mismos entienden lo que escriben. Octavio Paz y Jorge Luis Borges son de los mejores lectores de poesía que he leído. Ahí se puede encontrar la fusión de imaginación y reflexión, que sólo los grandes poetas tienen: Borges, Brodsky, Celan. De ellos hay mucho que aprender.

Librusa.com, 15 de noviembre de 2005